#### **Un lugar en el mundo**

##### **Geovannys Manso**

Novela

Premio Oriente

«Herminio Almendros» 2008

## Almas en conflicto

—¡Actor de Jóligut! —le respondo con vehemencia.

—¿Qué es eso, niño? ¿Tú estás loco? Qué actor de Jóligut ni qué cosa. ¿Tú ves «Actor de Jóligut» en la lista? O médico, o abogado, o ingeniero, o maestro. Eso sí son profesiones que un niño de tu edad debería aspirar. Profesiones dignas, para hacer el bien a los demás: curar heridos, enjuiciar a ciertos «elementos» que se la pasan robando por ahí, trabajar en un central azucarero, en una empresa farmacéutica, en la fabricación de una nueva vacuna, o enseñar a las nuevas generaciones todos los valores de su patria...

La maestra Elena respira por vez primera.

Me observa con rostro inquisitorial.

Dos verrugas negruzcas sobresalen de su barbilla.

Creo que de tanto mirarme me abrirá un hueco en la camisa que mi mamá planchó con tanto esmero esta mañana, para luego advertirme:

—Si te apareces hoy con la camisa rota, llena de grasa, o de cualquier otra porquería, prepárate.

Prepárate significa que si regreso a casa con la camisa rota, llena de grasa, o de cualquier otra porquería, el cuje que antes perteneció a la escoba de barrer el patio, fabricada de una palma cercana a nuestra casa, caerá sobre mi cuerpo en repetidas ocasiones, quizás veinte veces, sobre todo en mi espalda, aunque también el cuje cae sobre mi cara, mis nalgas, mis brazos, mis piernas, mis tobillos o mi cuello.

Siempre he creído que si abro la boca el cuje caerá sobre mi lengua, o sobre mi paladar blando.

Esto del paladar blando lo aprendí en la escuela, en una asignatura que se llama «El mundo en que vivimos».

En «El mundo en que vivimos» descubrí que todos los seres humanos tenemos un paladar blando y otro duro.

También aprendimos que la Palma Real es un símbolo patrio.

Siempre dará cobija a los necesitados, pues de su tronco mi padrastro fabricó nuestra casa, con sus grandes hojas la cobijó, sus frutos engordan dos puercas paridoras, tres lechones y medio centenar de gallinas que habitan nuestro patio.

Un día, cuando hablábamos de las virtudes de nuestros símbolos, le comenté al maestro:

—¿Maestro, por qué mi mamá utiliza las virtudes de un símbolo patrio para golpear a su hijo?

Dubitativo, Octavio preguntó:

—¿Tu mamá te golpea con una tabla de palma? ¡Eso es inconcebible!

—No. Con una tabla no. Con el cuje que antes pertenecía a la escoba, escoba que produjo el desmembramiento de los frutos de la palma y que todos conocemos como palmiche. Con ese cuje —y agregué, enfático:

—Los símbolos patrios no deberían usarse para maltratar a niños indefensos como yo, como Danilo, como Michel, o como Tamara. A ellos también sus madres los golpean con cujes. Si lo permitimos, dentro de poco nos golpearán con la bandera, con los escudos, con un tocororo, o con una mariposa.

Esa tarde regresamos a casa con una nota incriminatoria dirigida a nuestras madres, padres y padrastros:

Compañeros:

He sabido que utilizan nuestros símbolos patrios para castigar a sus hijos. Consideramos indebido, inapropiado, inaceptable, intolerable, inadmisible, y poco educativo, desvirtuar la trascendencia de nuestros símbolos patrios en aras de una educación precaria. Rogamos a todos ustedes que estas prácticas antiguas no se vuelvan a producir.

Atentamente:

Octavio (el maestro guía)

Lo cierto es que gracias a esa nota ganamos una gran batalla. Los cujes desaparecieron de nuestras vidas, aunque fueron suplantados por chancletas, sogas, mangueras y cujes plásticos que no derivaban de ningún símbolo patrio conocido.

Pero me he desviado.

Siempre me desvío cuando me mira la maestra Elena con su rostro inquisitorial.

Ella quiere que sea médico, ingeniero, abogado, o maestro.

Le respondo:

—Ya se lo dije maestra Elena. Seré actor de Jóligut, y si no soy actor de Jóligut, no seré nada en la vida. NADA. Así de grande es mi sueño. Mi abuelo Humberto siempre me ha dicho que uno debe perseguir sus sueños por extraños que parezcan. El suyo fue casarse con mi abuela Isabel, la muchacha más linda de Vega Redonda. La más «glamorosa» según él. Y hasta que no lo logró, no paró. No sólo se casó con ella, sino que también tuvieron tres hijas: María Virginia (mi madre), Raquel y Deisi. Así que ponga ahí: El alumno Maximiliano Manso Martínez no quiere ser médico, ni abogado, ni ingeniero, ni maestro. El alumno Maximiliano Manso Martínez quiere ser actor de Jóligut. Su vocación está más definida que un cráter volcánico a punto de estallar. Agregue lo del cráter, que es bellísimo...

—Bellísimo, ¿no? Ahora mismo te me vas para tu casa y le dices a tu abuelo Humberto, a tu madre María Virginia y a todos tus parientes, que mañana los quiero aquí tempranito. Que tú eliges una profesión digna, o me dejo de llamar Elena de las Mercedes Encendida del Pinar y García...

Mi abuelo se puso una camisa almidonada impecable, unos pantalones almidonados impecables, unas medias no almidonadas impecables, un sombrero de yarey no almidonado impecable y unas botas muy muy lustrosas, brillo que logró con el humo de una chismosa de kerosene, impecables también. Mi abuelo siempre ha sido la mata de la impecabilidad.

Mi madre, en cambio, refunfuñó todo el camino.

Mi madre María Virginia también es la madreselva de la impecabilidad. Por si las moscas, lo almidona todo, hasta los calzoncillos matapasiones de mi padrastro y de mi abuelo Humberto. También mi ropa. Antes de tenderla, vierte en el agua unas goticas de azul de metileno —esto para la ropa blanca—, y queda desempercudida.

Si algo odia mi madre María Virginia con toda pasión, con toda vehemencia, es la ropa empercudida.

Al llegar a la escuela mi madre aún refunfuñaba: que si Maximiliano esto, que si Maximiliano aquello, que si Maximiliano lo otro.

Mi abuelo prendió un tabaco y se mantuvo callado.

Cuando nos vio la maestra Elena, que al parecer vive, duerme y se levanta con su mirada inquisitorial, nos llevó a un aula apartada. «Para conversar solitos», explicó, al tiempo que mi abuelo botaba el tabaco.

Mi madre, refunfuñando, nos acompañó.

—Espero que ya sepan el motivo de este encuentro «informal» —dijo la maestra Elena mientras observaba a los impecables de mi abuelo y mi madre.

—Sí. Ya sé que Maximiliano anda haciendo de las suyas con eso de su vocación —aclaró despectivamente mi madre.

—Me parece inconcebible que un niño tan inteligente como Maximiliano ande con esas boberías de ser «actor de Jóligut». Aquí formamos a los niños para que sean útiles a la sociedad, para que sean médicos, abogados, ingenieros, o maestros. Vaya, eso de ser actor de Jóligut me parece una gran locura. Todavía, que recuerde, esta granja cañera no ha dado uno solo. Además ¿qué utilidad práctica puede tener eso? Usted me perdona María Virginia, pero este hijo suyo está un poco malcriado.

—Le he dicho un millón de veces que deje de soñar con las musarañas, que ponga los pies en la tierra. Con lo lindo que se ven los médicos con sus batas blancas, o los maestros, enseñando números, ecuaciones, sitios geográficos, oraciones compuestas, sujetos, predicados, pulcros y limpiecitos todos. Pero nada de nada. Cada día, cuando se levanta, me confunde con una actriz diferente. ¿Cómo cree usted que me saluda cada mañana? Me dice: «¿Qué me tiene de desayuno mi atormentada Caterin Getbur?», «¿Ya me planchó el uniforme mi sensual Marilin Monrro?», «¿Hoy no me va a dar los buenos días mi versátil Yésica Lanch?», «¿Cómo durmió mi talentosa Elísabet Teilor?», «¡Déjame abrazar a la irrepetible Lesli Karon!», «¿Qué se trae entre manos mi muy respetada Ingri Berman?», «¿Me permitiría bañarme hoy en el canal la imperecedera Yeraldín Chaplin?», «¿Dónde dejó el cuje Yulieta Masina, la más coherente actriz del cine italiano del momento?» Se da cuenta, maestra. Lo triste es que no existe una sola actriz de esas que él ame tanto que se llame María Virginia. Con todo es igual. Si lo regaño, me dice: «Esta “toma” te quedó muy mal, hay que repetirla». Si le grito para que se bañe, me replica: «Te noto un poquito fuera de foco». Si por casualidad se me ocurre decirle que se acueste temprano, me suelta: «Ese director nunca te debió ofrecer el papel protagónico de la película. Yo te hubiera dado un papel secundario». Es ilógico. Ilógico. Y no se le ocurra llamarlo por su nombre. Él no se llama Maximiliano Manso Martínez, no, su nombre ahora es Max Mártines, con tilde en la a y sin zeta. Es su nombre artístico.

—¿Y si lo lleva al psiquiatra María Virginia? Me han dicho que en el pueblo de Vueltas consulta uno buenísimo. Para mí su hijo está algo neurótico...

—¿Neutrónico mi hijo? ¿Eso es muy grave?

—Neutrónico no, María Virginia, neurótico. Quiero decir que su hijo es de esos muchachos que cuando se encasquillan con una cosa, no la sueltan ni dándole candela...

—¡Qué neurótico ni qué ocho cuartos! —gritó un tanto malhumorado mi abuelo Humberto que hasta ese momento no había dicho ni esta boca es mía—. Maximiliano es un niño muy especial. Muy sensible. Si él quiere ser actor, será actor. A ver, ¿dónde está esa planilla? —y la maestra Elena, aun sujeta a su mirada inquisitorial, pensando que el más neurótico de todos nosotros era mi abuelo Humberto, le entregó la planilla—. Ponga ahí, sin errores ortográficos: Maximiliano Manso Martínez refiere que será actor de Jóligut. Que no será médico, ni abogado, ni ingeniero, ni maestro. Su abuelo Humberto y su madre María Virginia aprueban por unanimidad la decisión del muchacho. ¿Dónde tenemos que firmar? —entonces mi abuelo se terció su sombrero de yarey, se puso de pie, miró a mi madre con ganas de comérsela viva, y agregó—: Ya tenemos a un actor de Jóligut en la familia. Alguien al fin nos podrá saludar desde el televisor —y salió del aula con su camisa almidonada impecable, sus pantalones almidonados impecables y sus botas lustrosas, más brillantes que una luciérnaga a medianoche.

Mi madre no dijo ni ji, ni jo. Firmó la planilla y se fue refunfuñando.

Antes de salir, la abracé, y le dije:

—Te amo mucho mi diva Lauren Bacall, mi heroína, mi banda sonora favorita, mi guión inédito, mi maquillista, mi luz de neón, mi bambalina dorada. Mucho. Mucho —entonces mi madre María Virginia suspiró como diciendo: «No hay remedio. Este va a ser actor aunque la tierra se abra en mil pedazos».

La maestra Elena, inquisitorialmente —cuando mi madre y mi abuelo: impecables, se marcharon— me agarró de la oreja derecha, me acercó mucho a ella —tan cerca estuve de sus verrugas que pude hacer un *close up*— y me susurró:

—Ni actor de Jóligut, ni mago de circo ambulante, ni cantante de ópera Maximiliano. Ya te lo dije: Tú serás médico, abogado, ingeniero, maestro, o me dejo de llamar...

—Sí, maestra, ya sé, o usted se deja de llamar Elena de las Mercedes Encendida del Pinar y García. Pues mire, vaya rápido a la oficina del carné de identidad, porque ya oyó a mi abuelo: Seré el primer actor de Jóligut de la granja cañera Jutiero. El primerito. Y suélteme la oreja, que si me crecen demasiado no podré ser el galán de ninguna película romántica —y Elena me soltó la oreja, no sin antes agregar:

—¡Qué familia más neurótica estos Manso Martínez...!